

En los Juegos Florales de la Universidad Nacional de México

*Discurso del mantenedor,
el poeta Rafael López.*

A ti, siempre gloriosa juventud, alegría de la vida y miel del mundo; a ti, que con tu pie sonoro, tu savia de abril y tu silueta de luz, vuelves resonantes las rutas sordas, floridas las áridas sendas, y transparentes los caminos opacos; a ti, que sobre las catástrofes de la tierra marchas salva en el arca de Noé, sostenida por tu ilusión, que es incorruptible, y por tu esperanza, que es inmóvil; a ti, que opones al error de la muerte los impávidos tesoros de tu confianza, y derrotas las amenazas de la noche porque llevas en los ojos el generoso optimismo de las auroras; a ti, que por ser melliza de la primavera y dueña feliz de la lira, tienes el sagrado derecho del beso y el privilegio de la canción: a ti, fiel y armoniosa juventud, que hoy vienes a tejer coronas y a deshojar laureos sobre las espadas de nuestros mayores, a ti mi homenaje cordial y mi férvida salutación.

Mi férvida salutación. Permitidme —dulce y graciosa majestad, que con la gloria de vuestra hermosura alumbráis un imperio de ensueño, señor Presidente, señoras, señores—, permitid que mi voz exalte la magia fascinante de la juventud, en esta noche de ritos supremos, porque no encuentro más preclaro laurel para tocar la frente de la patria con un augurio de triunfo. La patria también es joven: apenas, con sus cien años de vida independiente, está en la adolescencia de la libertad. Enaltecer la juventud de la vida junto a la pubertad de la patria, es levantar una antorcha en la tiniebla de los misteriosos destinos, y echar el áncora de la fe a las brumosas playas del porvenir.

Pertenezco al número de los que bendicen la vida porque han sido jóvenes. La evocación de esa mañana rútila, basta para surtir de estrellas la patética hora crepuscular. Qué triste sería el mundo, qué fastidioso y qué lúgubre, si las humanas primaveras no enterrasen en sus flancos la semilla de las floraciones futuras, y si manos juveniles, exentas de desfallecimientos y temores, no abriesen en la cárcel terrestre brechas nuevas, ansiosas de más aire y más luz.—Tened cuidado— dicen los viejos que tiemblan bajo el gabán de su rutina—tened cuidado, nuestras instituciones religiosas y políticas marchan admirablemente; estamos en excelente acuerdo con la divinidad; la ley es acatada sin graves

infracciones y contamos con la pena de muerte como un remedio eficaz: todo esto es perfecto y de su duración depende nuestro reposo: no hay que cambiar la letra de los códigos ni la música de los himnos.—Y se empeñan con ingenuidad infantil, en que no se modifique la fachada de la casa que están a punto de abandonar, en que no sufran mudanza los usos y las costumbres que les sirven de enfermeros amables en el postrer ataque de gota; encendiendo la vela bendita de la moderación y agitando la campanilla consagrada de la experiencia, quieren conjurar el peligro. La experiencia es espantajo sutil y trampa disimulada en la ruda montaña donde respira el ideal. La juventud lo sabe, y no se detiene, y abre en el edificio otras ventanas, para preguntar a las voces del viento el secreto de su destino. La hermana Ana, trémula de anhelosa inquietud, no se cansa de mirar el solitario horizonte, ni se arredra de ver sólo la llama del sol chispeando sobre la yerba verdegueante; la buena hermana es capaz de poblar un desierto con la vastedad de su espera. Así la juventud.

Cierto: hay hombres que ya lejos de los años mozos, llegan a realidades de pensamiento o de acción, marcadas con un hondo sello de esplendor juvenil. Por no haberse divorciado de esa virtud, y conservar bajo las nevadas cabezas una chispa de su llama y sobre los cansados corazones un resto de su entusiasmo, pudo el genovés inventar un mundo e Hidalgo descubrir una patria. Los viejos gloriosos relatarían los episodios de su juventud, si se propusieran escribir la historia de la humanidad.

Jesús Urueta, cuya memoria me place evocar con un gesto litúrgico en la solemnidad de esta fiesta; el que tenía los labios de oro como Crisóstomo y el acento armonioso como Platón; el que por ser un escanciador de ambrosía, era digno según la oda pindárica, de sentarse en el festín de los dioses y compartir el lecho de las diosas; el que como un descendiente de Pélops, ocultaba un hombre de marfil bajo su ordinario frac de tribuno; el que echó a pastar centauros en nuestras llanuras e hizo brillar sobre nuestros lagos la fúlgida cadera de Diana; el que para nutrirnos con aguas de vida y enseñarnos la bondad del amor, suspendió junto a la pureza de María, el cálido cinturón de Afrodita; el que apellidamos divino, porque la

supremacía de su canto acusa su ascendencia apolínea; Jesús Urueta, cuya voz debería exultar en este momento el corazón de la patria con las magnificencias de la poesía, si las sirenas del Plata no lo hubiesen para siempre dormido con la mortal caricia de sus brazos azules, afirmaba que la juventud en la Historia, se llamará siempre Atenas, porque es la alegría, el heroísmo, la belleza y el amor. Y era certero el orador egregio. La juventud, por el don de optimista energía que le es inherente, es la que transforma el mal en bien, pues es la sola que sabe alimentar su alegría con los motivos de su dolor; ella es la que siempre está pronta a ofrendar la vida por el triunfo de un ideal o por el honor de una bandera; su concesión al sacrificio está en razón directa de su exceso de amor; ya vimos en los horrores de Europa, cómo los viejos fueron quienes votaron la guerra tremenda, pero toda una radiante juventud, fué la que cayó bajo las trincheras; y ella la que nos da un trasunto de la belleza inmortal, cuando idealiza el sufrimiento humano en las obras maestras del arte. Nada más conmovedor que Cervantes —cuyo imperio continúa sin ocaso como aquel en que no se ponía el sol— esculpiendo con su vida dolorosa y atormentada, la risa imperecedera del gentil caballero.

Gabriel D'Annunzio, el condotiero sensual y magnífico, que por haberse olvidado de ser viejo, sigue desposándose con la vida en pensamiento y en acto, en acto y en pensamiento ha remozado el antiguo aforismo de Séneca: «si quieres ser perpetuamente interesante, sé perpetuamente diverso». D'Annunzio repite más heroicamente: renovarse o morir. Y bien, señores, la juventud no quiere morir, no sabe morir y aunque siempre esté dispuesta, ignora lo que es eso, no le importa; ella misma es renovación y nuevo palpitar de fuerza en el pulso de la humanidad; antes de cerrar el libro, de desertar del laboratorio y del taller, de soltar la lira que apenas comienza a cantar como la alondra, en el despunte de las albas, tiene una tarea que cumplir; tarea que relacionada con la poesía, es trascendental y profunda, ya que no existe persuasión más alta, que la que baja a la tierra por las cuerdas tirantes de la lira.

Pasaron ya los tiempos en que acogíamos las formas literarias francesas, con satisfacción de modistos que desempacan los últimos modelos, y en que hacíamos del Calendario Azteca, un fantástico pedestal a los tersos mármoles de Grecia. Buscábamos la compañía de los dioses, para que nos dieran bellas retóricas, no para preguntarles la significación de los símbolos. Si las estatuas eran helénicas, los jardines